

Cambio climático, una tormenta inminente y amenazante*Neva Goodwin*

© Copyright Opinión Sur

Revista Mensual y Gratuita N°50
Octubre 2007

Esta serie de trabajos comenzó con un desafío: encontrar la forma de promover cambios en el funcionamiento de las economías para poder lograr lo siguiente:

1. Reducir a un nivel aceptable, lo más rápido posible, los daños ambientales provocados por la actividad económica.
2. Mantener o aumentar el bienestar de los seres humanos en el presente.
3. Preservar y, si fuera necesario, recuperar los recursos productivos necesarios para mantener o mejorar el bienestar de los seres humanos en el futuro.
4. Manejar los daños inevitables al medioambiente natural y social.

El objetivo 1 se refiere a la mitigación del cambio climático y el objetivo 4 trata sobre la adaptación a los impactos que no se pueden evitar del cambio climático. Es muy importante que en el futuro inmediato se ponga un gran énfasis en la mitigación dado que, cuanto más mitigación se haga, menor será la adaptación que se necesite. Realizar un esfuerzo masivo para mitigar los cambios climáticos puede resultar una estrategia sumamente exitosa para el desarrollo económico, involucrando inversiones en conservación de energía y en energía renovable, capaces de crear más puestos de trabajo que si las mismas inversiones fuesen destinadas a obtener energía de combustibles fósiles. Pero serán necesarios cambios mucho más profundos para preparar al mundo a adaptarse a los desastres que afectan a la salud, el clima y otros recursos, y que aún las mejores actividades de mitigación ya no pueden prevenir.

El segundo y el tercer objetivo de la lista buscan mantener o mejorar el bienestar de los seres humanos en el presente y en el futuro. Mientras que, como se acaba de mencionar, algunas actividades de mitigación logran mejorar el bienestar generando de forma regular puestos de trabajo e ingresos, otras actividades de mitigación, junto con diversos requisitos de adaptación, competirán frontalmente con las recetas habituales para el crecimiento económico. Esto se debe a que cuando se focaliza en las causas del cambio climático es inevitable derivar en la necesidad de reducir el total del consumo mundial de energía y de los materiales que requieren un consumo intensivo de energía para su producción o transporte. El reemplazo del combustible fósil por alternativas sustentables puede en definitiva aliviar este requisito, pero debemos esperar un período de transición de por lo menos 50 años mientras se desarrollan y fabrican en serie esas alternativas y se reducen sus costos. Por tanto es probable que la energía se encarezca durante el período de transición, y que el aumento de su costo se traslade a toda la

economía, incrementando, a su vez, otros costos. Mientras tanto, será necesario desviar una gran parte de los esfuerzos y recursos disponibles al proceso de adaptación.

Como resultado de este periodo de transición puede ocurrir que nuevos tipos de puestos de trabajo reemplacen a los anteriores, pero es probable que muchas personas descubran que los ingresos provenientes de estos no alcancen para comprar la misma cantidad de producción industrial a la que estaban acostumbradas. Esto apenas afectará a los países más pobres, cuya población tiene actualmente poco o ningún acceso a la producción industrial. Sin embargo, en los países ricos habrá una insatisfacción masiva, a menos que se produzca un gran cambio hacia la búsqueda de la calidad (en contraposición a la cantidad) de las mercaderías, y a menos que los ingresos de la sociedad se divida en forma más equitativa que en el presente.

Los economistas teóricos y los hacedores de políticas fueron proclives a considerar que su función era descubrir las maneras de promover el crecimiento económico – en el sentido de un incremento del producto y del ingreso con el que comprar ese producto. Esta función no se ha definido normalmente de una forma que indique cómo o a quienes debería destinarse el aumento de los ingresos. La revolución industrial coincidió con circunstancias que, de hecho, asignaron gran parte del aumento a los sectores menos adinerados de las poblaciones en vías de industrialización, creando mercados masivos y la cultura moderna del consumismo masivo. Sin embargo, esta tendencia se revirtió durante las últimas décadas. Si bien la productividad del trabajo siguió aumentando, ha sido una tendencia habitual que los beneficios provenientes de los ingresos relacionados con dicha productividad se destinen al 5 o 10% más acaudalado de las poblaciones a nivel nacional y mundial.

Una parte de los recursos desviados para atender los requisitos de adaptación podrían manifestarse como aumentos del PBI, del mismo modo que los costos de limpieza de un derrame petrolero o de tratamiento de un paciente expuesto a un escape de radiación, son considerados transacciones financieras que se incluyen en los movimientos económicos registrados en las cuentas nacionales. Sin embargo, este tipo de “crecimiento económico” significa más una reducción que un aumento del bienestar que hubiera existido sin el derrame de petróleo o el escape de radiación. Otros costos relacionados con los desastres son asumidos sólo por quienes se enferman cuando se contamina el agua, o por quienes perdieron sus casas o a uno de los padres cuyo ingreso era esencial para la familia. Estos costos humanos podrían manifestarse como una disminución del PBI o bien no manifestarse en absoluto en las estadísticas económicas – tan sólo como experiencia de sufrimiento y pérdida.

De las consideraciones previas surgen dos planteos. El primero es que es necesario encontrar la manera de orientar las economías más hacia el bienestar que hacia el crecimiento, según se entendía tradicionalmente.

El segundo planteo emerge con fuerza de la discusión anterior sobre la cohesión social y la resiliencia, necesarias para que las sociedades y los individuos puedan adaptarse a los diversos efectos de los cambios climáticos. Las economías no sólo requieren de un cambio fundamental de rumbo en busca del bienestar – sino que también deben utilizar mecanismos más efectivos para promover la igualdad. Se enfatiza la importancia de la igualdad debido a su relación con la cohesión social y la resiliencia. Muchos estudios demuestran que la desigualdad, en tanto se

considere injusta o cree circunstancias de privación extrema para algunos miembros de la sociedad, degrada el capital social que es importante para promover la cooperación. En la vida económica actual la cooperación es más importante que la competencia para lograr eficiencia y productividad; pero es más difícil evocar la cooperación en una situación de opresiva desigualdad.

Los mecanismos para estimular la igualdad deben contemplar una excelente educación para todos los niños – no sólo para los hijos de los ricos. También juegan un rol esencial los sistemas de atención médica y de alimentación que permiten que todos puedan desarrollar sus habilidades físicas y mentales. Otras necesidades que se deben incluir entre los derechos elementales de todos los seres humanos son el acceso al agua potable y a los recursos suficientes de energía inanimada que les permita participar en las comunicaciones globales y en los sistemas educativos.

El último de estos deseos – que la energía sea suficiente para todos – es posible que se perciba como una contradicción a las afirmaciones anteriores en cuanto a la necesidad de reducir el consumo global de energía, al menos en la próxima mitad del siglo. Por supuesto, son los ricos los que deben reducir drásticamente el consumo de energía hasta tanto se descubran y se puedan utilizar recursos que la reemplacen. En 1998, el 20 por ciento de la población más rica consumió aproximadamente el 68 por ciento de la energía comercial del mundo, mientras que el sector más pobre consumió menos de 2 por ciento de estos recursos.^[11] Estos porcentajes han sufrido algún cambio, a medida que los países menos desarrollados fueron incrementando su consumo de energía adoptando con demasiada frecuencia, como si fueran las únicas fuentes de energía disponibles al alcance de su economía, las tecnologías que son especialmente altas en generación de emisiones de gases de efecto invernadero.

Para cumplir los cuatro objetivos descritos anteriormente, es fundamental que las naciones ricas aporten tanto capital como tecnología con el fin de permitir que los pueblos más pobres incrementen su consumo de energía, y que lo hagan del modo más eficiente y menos contaminante posible. Principios morales de equidad y justicia hacen evidente que los países ricos e industrializados, que han aportado más del 90% del CO₂ que hoy contiene la atmósfera, tienen la responsabilidad de asistir a los países pobres. Son los países pobres los que más sufrirán las consecuencias del cambio climático, los que menos contaminaron la atmósfera actual con gases de efecto invernadero y son ellos los que hoy deben soportar los cielos enrarecidos y los pedidos o reclamos urgentes de no agregar más polución atmosférica. Sin embargo, los tipos de organizaciones económicas que hoy más prevalecen en el mundo presentan algunos severos obstáculos para lograr igualdad tanto a nivel local como global.

Las actuales economías de mercado no parecen estar orientadas a estimular la igualdad; de hecho, hoy parecen tener una fuerte tendencia a perpetuar y acentuar las desigualdades. Es posible corregir algunos de estos aspectos al interior de las naciones a través de sistemas políticos que faciliten la vuelta a sistemas de impuestos más equitativos, junto con la sanción de adecuadas leyes y regulaciones sobre condiciones de trabajo e impactos ambientales. Mientras esto se lleva a cabo, sin embargo, es necesario mirar más allá de los parches que se aplican a fallas específicas y abordar las innumerables meta-externalidades que emanan del sistema en su conjunto.

Una gran cantidad de meta-externalidades proviene del hecho que las economías de mercado se orientan a maximizar las ganancias, la producción y el consumo – no a aumentar el bienestar. Las ciencias sociales han avanzado notablemente en la comprensión de qué es lo que verdaderamente contribuye al bienestar. Si, o en la medida en que, estos hallazgos se incorporan al conocimiento público, será posible compensar las meta-externalidades sociales de las economías de mercado, en las cuales se induce a los consumidores (incluso a los niños más pequeños) a desear comprar muchos productos que no incrementarán (y que inclusive pueden disminuir) su bienestar. En otras palabras, muchas personas de los países ricos, y algunas elites de los países pobres, podrían en verdad estar mejor con menos productos. Una menor producción material en la economía global ayudaría a mitigar el cambio climático. Al mismo tiempo, la implementación de políticas que desalienten el consumo superfluo y estimulen a las sociedades a entender que el éxito no está relacionado con las posesiones materiales aumentaría la resiliencia y la cohesión social.

Las sociedades que modificaron sus rumbos en estas direcciones probablemente no experimentarán ninguna disminución en las oportunidades de inversión o en los puestos de trabajo en el corto plazo. Como ya se ha comentado, en general las industrias y las actividades que protegen el medio ambiente ofrecen más y mejores puestos de trabajo que las actividades que dependen de los combustibles fósiles. De todos modos es probable que las corporaciones y el complejo corporativo gubernamental ejerzan una gran resistencia. Las grandes corporaciones son dirigidas por personas que han dedicado sus vidas a aprender normas del sistema antiguo, con objetivos de maximizar cuota de mercado, producción y ganancias, sin reparar en las consecuencias sobre el bienestar y la sustentabilidad. En la actualidad muchos gobiernos se orientan a satisfacer los intereses de corto plazo de las corporaciones por obtener ganancias, en lugar de trabajar en pos del bienestar general de largo plazo de las personas y su medio ambiente.

No existe una única respuesta a la pregunta de cómo se define y diseña una vía deseable y sustentable de desarrollo económico para el siglo XXI. Tal vez, el punto de partida más probable para el cambio sea cultural – un cambio que puede ocurrir si la difusión masiva de la educación y la comunicación ayuda a las personas a comprender mejor qué es lo que realmente contribuye a lograr una buena vida. Más allá de este ajuste cultural, una respuesta adecuada requerirá de innumerables cambios en todos los niveles y en muchos aspectos, sea en el ámbito del hogar y del trabajo; en cuanto a la inversión comercial, la producción, las estrategias de venta y la elección del producto; en la acción gubernamental en materia de regulaciones, adquisiciones, desarrollo de infraestructura, incentivos para familias y empresas y las relaciones internacionales; en los roles y las capacidades de las ONG; y en las acciones y las facultades otorgadas a instituciones multilaterales como la Organización Mundial de Comercio, las Naciones Unidas, el Banco Mundial, los bancos regionales de desarrollo y otras organizaciones multilaterales tal vez aún no creadas. Motivar a los actores del gobierno a trabajar en función de la voluntad común continuará siendo, como lo fue siempre, una tarea crítica y difícil pero no imposible. Una tarea similar, aunque usualmente más sencilla, tiene que ver con el sector no gubernamental sin fines de lucro. El mayor desafío es hallar incentivos que orienten al mundo de los negocios a proveer bienes y servicios que mejoren el bienestar de la comunidad.

A veces nos referimos al cambio climático como una inminente y amenazante tormenta, una fuerza que llevará la agitación política y económica a un punto de ebullición a medida que la gente deba enfrentar escasez de comida y agua, y que los cambios en las condiciones climáticas destruyan el hábitat humano, animal y vegetal, ocasionen nuevas enfermedades y plagas y generen hordas de refugiados políticos y económicos. A través de décadas y siglos, las personas que se preocupan por la desigualdad y el sufrimiento innecesario han desarrollado una gran cantidad de ideas sobre cómo crear un mundo mejor. Hoy tal vez sea posible poner en práctica algunas de estas ideas porque es cada vez más evidente que no hacerlo podría llevarnos a todos a la ruina.

[1] Bruce Podobnik, 2002. Desigualdades globales de la energía: Cómo analizar los efectos a largo plazo (Global Energy Inequalities: Exploring the Long-Term Implications); *Journal of world-systems research*, viii, 2, primavera, 252–274, disponible en <http://jwsr.ucr.edu/archive/vol8/number2/pdf/jwsr-v8n2-podobnik.pdf> septiembre de 2007.

Si usted desea ofrecer comentarios o sugerencias sobre este artículo lo invitamos a hacerlo en nuestro blog (<http://blogopinionsur.blogspot.com/>). Este artículo puede ser reproducido total o parcialmente, siempre que se cite al autor y se indique que fue publicado en Opinión Sur.

::: Salguero 2835 7B (C1425DEM) ::: (54 11) 4801-8616 ::: Argentina ::: opinionsur@opinionsur.org.ar